

Apuntes metodológicos [ES]

Construir el campo a través de las relaciones: observación participante y práctica etnográfica en la comunidad china de Sevilla

Building the field through relationships: participant observation and ethnographic practice in the Chinese community of Seville

Yingbo Dong^{a,b}

^aDepartamento de Antropología Social, Universidad de Sevilla, Sevilla, España; ^bDepartamento de español, Universidad de Estudios Internacionales de Jilin, Changchun, China

RESUMEN

Este artículo analiza la construcción relacional del campo etnográfico a partir de una investigación sobre la comunidad china de Sevilla. Basado en un año de trabajo de campo, observación participante, entrevistas semiestructuradas y conversaciones informales, el estudio examina cómo la investigadora se incorporó progresivamente al entorno comunitario mediante la convivencia cotidiana y los vínculos establecidos con una familia de acogida, comerciantes chinos y espacios religiosos. El artículo muestra que el acceso al campo no depende únicamente de técnicas formales de investigación, sino de procesos graduales de confianza, reciprocidad y negociación de la posición de la investigadora. Asimismo, sostiene que los materiales etnográficos no surgen solo de las entrevistas, sino también de la observación prolongada, las relaciones cotidianas y la participación situada en redes familiares, comerciales y religiosas. A través de esta reflexión metodológica, el trabajo contribuye a los estudios sobre comunidades chinas de ultramar al destacar el carácter abierto, relacional y reflexivo de la práctica etnográfica.

Palabras clave: trabajo de campo etnográfico, observación participante, comunidad china de Sevilla, reflexividad etnográfica

ABSTRACT

This article analyzes the relational construction of the ethnographic field based on research on the Chinese community of Seville. Drawing on one year of fieldwork, participant observation, semi-structured interviews, and informal conversations, the study examines how the researcher progressively integrated into the community environment through daily coexistence and the bonds established with a host family, Chinese shopkeepers, and religious spaces. The article shows that access to the field does not depend solely on formal research techniques, but rather on gradual processes of trust, reciprocity, and negotiation of the researcher's position. Likewise, it argues that ethnographic materials emerge not only from interviews, but also from prolonged observation, everyday relationships, and situated participation in family, commercial, and religious networks. Through this methodological reflection, the work contributes to studies on overseas Chinese communities by highlighting the open, relational, and reflexive character of ethnographic practice.

Keywords: ethnographic fieldwork, participant observation, Chinese community of Seville, ethnographic reflexivity

Recibido: mayo 2026. **Aceptado:** agosto 2026

Autores: Yingbo Dong, doctoranda de la Universidad de Sevilla, ORCID: 0000-0002-0826-9149.

Correspondencia: Yingbo Dong, dongyingbo00@126.com; **Editor:** Ordóñez Huerta, M. Z.

Nota: El presente artículo forma parte de la tesis doctoral en curso sobre la movilidad migratoria entre China y España, registrada oficialmente en el Programa de Doctorado CEES de la Universidad de Sevilla.

1. Introducción

Las relaciones entre China y España han mantenido durante décadas una estrecha interacción en ámbitos como la economía, la educación y la cultura. En el contexto de la creciente movilidad transnacional, cada vez más ciudadanos chinos han elegido España como lugar de residencia, emprendimiento o formación académica. Según los últimos datos del Instituto Nacional de Estadística (INE) (2026), el número de residentes de nacionalidad china registrados en España superaba las 250.000 personas en 2025, concentradas principalmente en ciudades como Madrid, Barcelona y Valencia (Li y Du, 2023). A través de actividades comerciales, redes familiares y diversas formas de participación social, estas comunidades han establecido vínculos cada vez más complejos con la sociedad española.

La mayoría de los estudios sobre las comunidades chinas de ultramar se han centrado tradicionalmente en grandes ciudades con una elevada concentración de población china. Sin embargo, las comunidades establecidas en ciudades medianas o en destinos migratorios menos visibles también presentan dinámicas sociales propias que permiten comprender otras formas de organización migratoria. En estos contextos, las relaciones familiares, comerciales, personales y religiosas desempeñan un papel fundamental en la construcción de redes sociales y en la vida cotidiana de los migrantes.

Sevilla, situada en Andalucía, constituye un ejemplo de este tipo de comunidad. Aunque no es uno de los principales centros de concentración china en España, en los últimos años ha desarrollado una comunidad con características particulares. La población china local se dedica principalmente a actividades como la restauración, el comercio minorista y la pequeña distribución mayorista. A diferencia de las comunidades más concentradas de las grandes ciudades, los chinos residentes en Sevilla presentan una mayor dispersión espacial y una estrecha relación entre vida familiar, actividad económica y redes personales. Estas características convierten a Sevilla en un escenario relevante para observar cómo las comunidades chinas de ultramar se construyen y se transforman en la vida cotidiana.

Resulta especialmente relevante que, en un entorno comunitario de dimensiones relativamente reducidas, las relaciones interpersonales suelen ser más directas y estrechas. Los comerciantes chinos, los miembros de las familias, los integrantes de las comunidades religiosas y los migrantes con diferentes trayectorias no constituyen unidades sociales aisladas, sino que conforman una red de relaciones interconectadas construida a través de interacciones prolongadas. Las relaciones familiares de una persona pueden estar vinculadas a sus actividades comerciales; un espacio religioso puede desempeñar al mismo tiempo funciones de sociabilidad y apoyo mutuo; e incluso una conversación cotidiana puede convertirse en una oportunidad para acceder a una red comunitaria más amplia. Por ello, comprender la comunidad china de Sevilla no puede limitarse al análisis de datos demográficos o a descripciones estructurales, sino que requiere adentrarse en los contextos concretos de la vida cotidiana para observar cómo estas relaciones se construyen, se mantienen y se reajustan mediante las prácticas diarias.

En este contexto, el presente artículo, como parte de la tesis doctoral de la autora, se basa en un trabajo de campo etnográfico de aproximadamente un año (de marzo de 2025 a febrero de 2026) realizado durante su estancia doctoral en Sevilla. A través de la observación participante y las entrevistas semiestructuradas, la autora se incorporó progresivamente a la comunidad china local, estableciendo vínculos con la familia de acogida, comerciantes, miembros de comunidades religiosas y personas con diferentes trayectorias migratorias. Durante el trabajo de campo se realizaron un total de 15 entrevistas formales. Los participantes incluyeron propietarios de comercios chinos, chinos de ultramar con una larga trayectoria de residencia local, miembros de familias chinas y participantes de comunidades religiosas, entre otros perfiles, con diferentes experiencias migratorias y trayectorias sociales. Antes de cada entrevista, se explicó a los participantes el propósito de la investigación y se obtuvo su consentimiento informado. Asimismo, todos los datos fueron tratados de forma confidencial y se utilizaron seudónimos o referencias generales con el fin de preservar la privacidad de los participantes. Se omitieron o modificaron los datos identificables y solo se incorporaron aquellos fragmentos cuyo uso no comprometía la privacidad de las personas implicadas.

Además de las entrevistas formales, una parte importante de los materiales etnográficos procedió de conversaciones informales desarrolladas en la vida cotidiana. Estas interacciones no fueron grabadas, sino registradas posteriormente mediante notas de campo elaboradas tras cada encuentro, en las que se recogieron los contenidos de las conversaciones, los contextos de interacción y las observaciones y reflexiones de la investigadora. La selección de los casos y situaciones presentados en el artículo se realizó atendiendo a su valor analítico para comprender las relaciones de campo, mostrar las dinámicas de funcionamiento de la comunidad y reflejar las experiencias migratorias, con especial atención a aquellos escenarios que permitían observar la construcción de la confianza, la negociación de identidades y el papel de las redes familiares, comerciales y religiosas.

Más que centrarse únicamente en los resultados obtenidos sobre la comunidad china de Sevilla, este trabajo presta especial atención al propio proceso de construcción del campo etnográfico: cómo la investigadora accedió gradualmente al entorno estudiado, cómo se establecieron relaciones de confianza y cómo las experiencias cotidianas se transformaron en materiales de investigación. Desde esta perspectiva, el campo no se entiende como un espacio previamente existente al que el investigador accede de manera externa, sino como un proceso dinámico que se genera mediante la convivencia, la interacción y las relaciones humanas (O'Reilly, 2012).

Por ello, este artículo no pretende ofrecer únicamente una descripción de la comunidad china de Sevilla, sino reconstruir el proceso mediante el cual una investigación etnográfica fue desarrollándose en un contexto cotidiano concreto. A través del registro de las experiencias de entrada al campo, la construcción de relaciones y la producción de materiales etnográficos, el trabajo reflexiona sobre cómo el conocimiento antropológico se genera progresivamente en la interacción entre investigador y participantes, aportando una perspectiva metodológica basada en la experiencia de campo para el estudio de las comunidades chinas de ultramar.

En este sentido, el objetivo principal de este artículo no consiste en analizar únicamente las características sociales, económicas o culturales de la comunidad china de Sevilla, sino en reflexionar sobre cómo se construye el propio proceso de investigación etnográfica. A partir de la experiencia concreta del trabajo de campo, el artículo presta especial atención a cuestiones metodológicas como la entrada al campo, la negociación de la posición del investigador, la construcción de relaciones de confianza y la manera en que los materiales etnográficos adquieren significado dentro de contextos cotidianos. De este modo, la comunidad china de Sevilla se presenta no solo como objeto de estudio, sino también como el espacio relacional donde se produce el conocimiento etnográfico.

2. No se entra en el campo: se genera en la vida cotidiana

A principios de marzo de 2025 llegué al aeropuerto de Sevilla. La persona que fue a recogerme era un amigo de mi casero, y también el primer miembro de la comunidad china local con quien entré en contacto tras mi llegada a Sevilla. Antes de partir, había reflexionado detenidamente sobre la forma en que organizaría mi vida cotidiana durante la estancia. Como estudiante de doctorado, había considerado la posibilidad de alojarme en una residencia universitaria o compartir piso con otros estudiantes internacionales, opciones que probablemente habrían facilitado mi vida diaria y mi integración en el entorno académico.

Sin embargo, el objeto de mi investigación eran los miembros de la comunidad china local de Sevilla. Si mi vida cotidiana se desarrollaba principalmente en el espacio universitario, el trabajo de campo corría el riesgo de limitarse a entrevistas concertadas y encuentros puntuales. Por ello, antes de mi llegada, contacté con una familia china local para alquilar una habitación, con la intención de acercarme a la comunidad desde los espacios cotidianos y establecer relaciones de una manera más natural. Esta decisión inicial no solo determinó mi lugar de residencia, sino que también configuró, en gran medida, el punto de partida de todo mi proceso de investigación etnográfica.

En la vivienda que alquilé convivía con dos compañeras chinas. Una de ellas era la hija de mi casero. Nacida en China, había crecido prácticamente en España; hablaba español con fluidez y naturalidad, mientras que su capacidad de comunicación en chino era más limitada. En aquel momento acababa de

comenzar el primer curso universitario. La otra compañera había llegado a España después de terminar el bachillerato y llevaba más de diez años viviendo allí. En ese momento trabajaba como profesora de chino.

La convivencia con ellas me permitió entrar, incluso antes de iniciar formalmente la investigación, en un espacio concreto y cotidiano de la vida de la comunidad china. Cocinar, comer y conversar juntas cada día, así como compartir experiencias relacionadas con los estudios, el trabajo y la vida familiar en España, hizo que mi trabajo de campo comenzara a desarrollarse antes de las entrevistas formales. En este sentido, mi experiencia cotidiana empezó a adquirir el carácter de un “campo vivido”, en el que la vida misma se convertía en espacio de observación etnográfica (Hammersley y Atkinson, 2019). A medida que se fortalecían nuestros vínculos, mi casero, mis compañeras de piso y sus amistades se convirtieron de manera natural en algunos de mis primeros interlocutores e informantes durante la investigación.

Al principio, pensaba que el trabajo de campo debía comenzar con las entrevistas formales: concertar previamente a los participantes, preparar un guion de entrevista, encender la grabadora y desarrollar la conversación en torno a las preguntas de investigación. Sin embargo, cuando empecé realmente a vivir en Sevilla, fui descubriendo poco a poco que las cosas no funcionaban exactamente así. La experiencia cotidiana me mostró que el campo no siempre seguía los planes diseñados previamente, sino que se construía a través de situaciones inesperadas y relaciones que surgían de manera espontánea.

Muchas de las informaciones más significativas no surgían durante las entrevistas programadas, sino en los momentos más cotidianos de la vida diaria. Durante la cena, mis compañeras de piso solían comentar qué personas chinas estaban pensando en regresar a China o quiénes acababan de ver a sus hijos entrar en la universidad. Cuando íbamos juntos a hacer la compra los fines de semana, mi casero me contaba de manera espontánea qué comercios cercanos habían sido abiertos por personas procedentes de Wenzhou y qué propietarios llevaban viviendo en Sevilla desde hacía veinte o treinta años. En otras ocasiones, cuando algunos amigos venían a casa, una simple comida podía convertirse en un espacio de conversación sobre las trayectorias empresariales de los migrantes chinos, los procesos de regularización administrativa, la educación de los hijos y los nuevos cambios que había experimentado la comunidad en los últimos años.

Durante la primera etapa de mi estancia, consideraba estas conversaciones como simples charlas cotidianas y no era plenamente consciente de su relación con mi investigación. Sin embargo, una noche, mientras organizaba mis notas de campo, me di cuenta de que la mayor parte de lo que había registrado ese día procedía precisamente de conversaciones mantenidas alrededor de la mesa, en el salón de casa o durante los paseos, mientras que las entrevistas formales, en el sentido estricto del término, todavía no se habían realizado. Fue entonces cuando comprendí que el trabajo de campo ya había comenzado sin que apenas me diera cuenta. La vida cotidiana dejó de ser simplemente una fase previa a la entrada en el campo y pasó a formar parte del propio campo; aquellas experiencias que inicialmente había considerado como “vida diaria” se fueron convirtiendo gradualmente en fuentes fundamentales para comprender la comunidad china de Sevilla. Esos diálogos e interacciones aparentemente ordinarios fueron construyendo poco a poco la base de mi comprensión sobre la sociedad china local.

Al mirar atrás, comprendí que el inicio de mi trabajo de campo había sido más fluido de lo que había previsto, no porque hubiera realizado una preparación especialmente exhaustiva, sino porque la propia vida cotidiana ya me había llevado al interior del campo. No había entrado en una comunidad desconocida como una investigadora completamente externa, sino que, a través de la convivencia diaria, había ido realizando gradualmente la transición de “persona que vive en el lugar” a “investigadora”. La frontera que inicialmente parecía clara entre investigación y vida cotidiana se fue volviendo cada vez más difusa con el paso del tiempo.

A medida que la investigación avanzaba, empecé a salir del espacio residencial y a establecer contacto con un grupo más amplio de personas chinas. A diferencia de Madrid, donde la actividad comercial china se encontraba más concentrada, en Sevilla los negocios chinos presentaban una distribución más dispersa: en la zona noreste de la ciudad se concentraban almacenes y comercios mayoristas; en el suroeste predominaban los negocios relacionados con la distribución textil; mientras que en la zona este se encontraban numerosos restaurantes y establecimientos de servicios cotidianos. Como residía en el este de la ciudad, podía acceder caminando a numerosos restaurantes chinos, tiendas de productos económicos y

comercios regentados por personas chinas, lo que me permitió entrar en contacto con personas de diferentes profesiones, edades y trayectorias migratorias. En muchas ocasiones, simplemente salía a comprar una botella de agua, un almuerzo o a preguntar por algún producto, pero esos pequeños encuentros acababan dando lugar a nuevas conversaciones y, poco a poco, abrían nuevas relaciones de campo.

Como investigadora china que entró en la comunidad china de Sevilla, la proximidad lingüística y cultural me proporcionó ciertamente ciertas facilidades para acceder al campo. Sin embargo, esta cercanía cultural no significaba que adquiriera automáticamente una posición como miembro interno de la comunidad. Por el contrario, fue necesario construir gradualmente una posición de aceptación mediante la convivencia continuada, el respeto y la reciprocidad en las interacciones cotidianas (O'Reilly, 2012; Clifford y Marcus, 1986).

3. Del contacto a la confianza: cómo las entrevistas fueron “pospuestas”

Aunque el proceso inicial de establecimiento de relaciones personales se había desarrollado de manera relativamente fluida, pronto comprendí que existía una distancia considerable entre “conocer a alguien” y “poder realizar una entrevista”. Para muchas de las personas con las que entraba en contacto, yo seguía siendo una desconocida que acababa de aparecer en sus vidas, mientras que una entrevista implicaba dedicar tiempo, recordar experiencias personales y abrir, hasta cierto punto, aspectos de su vida cotidiana. Por ello, el verdadero desafío no consistía simplemente en encontrar personas dispuestas a participar, sino en construir una relación de confianza.

Durante los primeros meses, experimenté numerosas situaciones en las que mis intentos no llegaron a concretarse. La respuesta más habitual era la falta de tiempo. La mayoría de los chinos residentes en Sevilla trabajaban por cuenta propia en sectores como las tiendas de productos económicos, la restauración o la distribución mayorista, actividades que apenas les dejaban momentos libres durante el horario laboral. “No puedo, últimamente la tienda está demasiado ocupada”. “Hoy tengo que recibir mercancía, hablamos otro día”. “Cuando tenga menos trabajo, lo vemos”. Este tipo de respuestas aparecía con frecuencia en mi día a día. En muchas ocasiones, no se trataba de un rechazo explícito, sino de una cita que iba posponiéndose continuamente; sin embargo, esos “otro día” a menudo terminaban por no llegar.

La necesidad de grabar las entrevistas constituía otro obstáculo durante el proceso de investigación. Aunque explicaba previamente que las grabaciones serían utilizadas únicamente con fines académicos y que garantizaría el anonimato de los participantes, muchos interlocutores seguían mostrando cierta cautela. “¿La grabación se hará pública?”, “¿Se entregará a la universidad?”, “¿Podrá escucharla otra gente?”. Detrás de estas preguntas no se encontraba tanto una preocupación por el dispositivo en sí mismo, sino una inquietud por el destino de la información compartida y por la posible exposición de su vida privada. Esta precaución era especialmente evidente entre las personas dedicadas a actividades comerciales.

Además, existía otro tipo de rechazo relacionado con la percepción que algunos tenían sobre sus propias experiencias. Con frecuencia consideraban que sus vidas “no tenían nada especial que contar”. Algunos respondían con una sonrisa: “Yo solo abro la tienda y vuelvo a casa todos los días, siempre hago lo mismo, ¿qué podría contar?”. Otros comentaban: “De esos trámites se encargan los miembros de mi familia, yo no sé mucho sobre eso”.

Sin embargo, a medida que avanzaba el trabajo de campo, fui comprendiendo que estas negativas no implicaban necesariamente un rechazo hacia la investigación, sino que reflejaban, en mayor medida, la ausencia inicial de una relación de confianza. Los grupos migrantes que viven en un país extranjero suelen mantener cierta cautela respecto a la revelación de información personal y ajustan sus formas de expresión según las circunstancias concretas (Ong, 1999). Necesitaban tiempo para valorar quién era la investigadora, cuáles eran sus objetivos y cuáles podían ser los límites de los posibles riesgos. Muchos de los interlocutores que posteriormente aceptaron participar en entrevistas en profundidad también me habían rechazado inicialmente. Las entrevistas más significativas no surgieron de manera inmediata, sino después de múltiples encuentros, e incluso se desarrollaron de forma natural durante conversaciones cotidianas, comidas compartidas o actividades en las que participábamos juntos.

Lo que me hizo comprender el carácter abierto y emergente del trabajo de campo etnográfico (Hammersley y Atkinson, 2019) fue una experiencia médica que, en principio, no tenía ninguna relación con mi investigación. A los pocos meses de mi llegada a Sevilla, acudí a una clínica de medicina tradicional china gestionada por personas chinas debido a un problema de salud. Después de varias semanas de tratamiento, pensé que el contacto continuado había contribuido a acercar nuestra relación, por lo que le expliqué a la doctora el propósito de mi investigación e intenté invitarla a participar en una entrevista. Sin embargo, ella rechazó amablemente la propuesta. Me explicó que llevaba una vida muy rutinaria, que no consideraba que tuviera experiencias especialmente relevantes que contar y que no se sentía cómoda compartiendo aspectos de su vida personal con una persona desconocida.

En ese momento pensé que aquel encuentro había llegado a su fin. Sin embargo, justo cuando me disponía a marcharme, me dijo de repente: "Si realmente quieres conocer a los chinos de aquí, puedo llevarte a un lugar". Ese lugar era el templo budista al que ella acudía y del que formaba parte.

Unos días después, acompañada por ella, entré por primera vez en un espacio religioso de la comunidad china local. Lo que parecía una entrevista fallida se convirtió así en una oportunidad para acceder a una red china más amplia. Muchos de los interlocutores que posteriormente aceptaron participar en mis entrevistas los conocí precisamente en ese contexto.

Todavía recuerdo con claridad mi primera entrevista formal realizada en el templo. Aquel día, una mujer china que llevaba más de cuarenta años viviendo en Sevilla me recibió con mucha cercanía. Me ofreció unos dulces preparados por ella misma, preparó una taza de café y me invitó a sentarme en un rincón del patio del templo. Nos sentamos bajo la sombra de los árboles, mientras al otro lado se escuchaban las voces de los miembros del templo recitando juntos los textos budistas. Fue en ese ambiente, aparentemente cotidiano y tranquilo, donde comenzamos a conversar sobre sus décadas de vida en España.

Ella no comenzó contando directamente su propia historia, sino que partió de la experiencia de su tío mayor. Me explicó que era originaria de Qingtian y que, en una época en la que la vida en su lugar de origen era difícil, su tío había sido la primera persona de la familia en llegar a España. En aquel entonces, el mayor deseo de su tío era enviar a China el dinero que conseguía ahorrar. "En esa época, con cada pasaporte solo se podían enviar 200 dólares a China. Para poder mandar más dinero, mi tío tenía que pedir prestados los pasaportes de otras personas para hacer las transferencias y además pagarles una compensación". Mientras relataba aquellos años, su tono era tranquilo, como si estuviera contando un episodio completamente cotidiano de su pasado.

Sonrió y continuó: "Aunque en aquel momento no hablábamos el idioma y estábamos en un país extranjero, todos queríamos quedarnos, porque aquí se ganaba mucho más dinero que en China, más de diez veces más. Después vino mi hermano. Solicitó la reunificación familiar y yo también vine con él".

Al hablar de la vida de la generación de chinos migrantes a la que pertenecía, volvió la conversación hacia su marido. "Mi marido representa a nuestra generación: solo piensa en trabajar y no quiere jubilarse. Si no trabaja, no se siente seguro". Al decir esto, se rio y añadió: "Pero la generación de mi hijo es diferente. Los jóvenes de ahora saben equilibrar mejor el trabajo y la vida; cuando necesitan descansar, descansan".

Esta comparación entre las formas de entender la vida de dos generaciones de migrantes no formaba parte de las preguntas previstas en mi guion de entrevista, sino que surgió de manera espontánea durante la conversación. Precisamente estos detalles que aparecían de forma inesperada me permitieron percibir de manera más cercana los cambios en los valores y las formas de vida entre distintas generaciones de migrantes chinos.

No fue la primera entrevista que realicé después de mi llegada a Sevilla, pero sí fue una de las que más profundamente recuerdo. La conversación no tuvo lugar en una sala cerrada, ni en un espacio formal, ni bajo una atmósfera creada específicamente para la investigación. Tomábamos café mientras hablábamos de la vida cotidiana. Pasamos de las experiencias migratorias a la familia, del emprendimiento a la educación de los hijos, del pasado al presente. Cuando terminamos todas las preguntas previstas en el guion, todavía teníamos mucho que compartir y continuamos conversando durante largo tiempo. En algún momento, tanto ella como yo dejamos de prestar atención a la presencia de la grabadora. Aquello se parecía más a una

persona mayor sentada en el patio durante una tarde tranquila, contando lentamente a una generación más joven la historia de media vida en un país extranjero, mientras yo simplemente escuchaba en silencio. La verdadera comprensión no surgió en el momento de formular las preguntas, sino después de haber construido una relación de confianza, a través de una comunicación relajada y natural (Lambek, 2010; Spradley, 2016).

4. Observar en la vida cotidiana: el desarrollo del trabajo de campo participante

Una vez establecida la vía de entrada al campo, no me apresuré a seguir el plan de entrevistas que había diseñado previamente. Por el contrario, continué ampliando mi relación con las personas del campo a través de la convivencia cotidiana y de la interacción constante. Poco a poco, fui participando cada vez más en la vida diaria de la comunidad china local y comprendiendo, a través de esas experiencias compartidas, su mundo de vida en Sevilla.

Debajo del edificio donde vivía había un bazar regentado por una mujer china de una edad similar a la mía, con quien congenié desde el principio. Al comienzo, simplemente acudía ocasionalmente a comprar algunos productos de uso cotidiano y aprovechaba para conversar brevemente con ella. Con el tiempo, empecé a entrar cada vez que pasaba por allí y a quedarme un rato; nuestras conversaciones fueron pasando gradualmente de temas cotidianos a cuestiones relacionadas con el trabajo, la familia y los hijos. Más adelante, incluso quedábamos para tomar café cuando ella tenía tiempo libre, en encuentros que se parecían cada vez más a reuniones habituales entre amigas.

Ella tenía una hija pequeña que cursaba la educación primaria, y a través de nuestra relación empecé a prestar atención a las experiencias educativas de las familias chinas en Sevilla. Durante nuestras conversaciones, solía preguntarle sobre las políticas de escolarización de los hijos de migrantes chinos, la vida escolar de los niños y la manera en que los padres se comunicaban con los centros educativos. Cada vez que hablábamos de estos temas, ella me explicaba todo con mucha paciencia. Con el tiempo, comprendí que estas conversaciones informales no solo me permitían conocer aspectos concretos del sistema educativo, sino también observar las expectativas, preocupaciones y estrategias que las familias migrantes desarrollaban para acompañar el crecimiento de sus hijos. A través de estos intercambios cotidianos, la educación dejó de aparecer como un simple proceso escolar y pasó a entenderse como una parte importante de los proyectos familiares y de las decisiones de vida de los migrantes.

Al llegar el verano, como su marido tenía que quedarse en la tienda atendiendo el negocio y ella quería aprovechar la temporada para llevar a su hija a un parque acuático, me invitó a acompañarlas al saber que no tenía otros planes, esperando también que pudiera ayudarla a cuidar de la niña. Durante toda la jornada, no permaneció constantemente a su lado ni le repetía continuamente frases como “ten cuidado” o “no corras”, sino que se sentaba tranquilamente observando cómo su hija jugaba con otros niños y solo intervenía cuando era necesario. Más tarde, mientras conversábamos, le pregunté: “¿No te preocupa que juegue sola?”. Ella sonrió y respondió: “Tiene que aprender a jugar sola y a hacer amigos por sí misma. Si siempre estamos detrás de ella, al final no aprenderá nada”. Quizá su forma de entender la crianza también había ido cambiando silenciosamente a través de sus años de vida en España.

Era una persona con un fuerte sentido de autonomía e independencia. Desde su perspectiva, el trabajo no debía ocupar la totalidad de la vida. En una ocasión me dijo: “No quiero ser como la generación anterior, que solo tenía el trabajo en la cabeza. Antes, muchas personas pasaban todo el día en la tienda y los hijos crecían allí mismo. Ahora quiero que el trabajo sea solo una parte de mi vida. También quiero tener mi propio tiempo y pasar más momentos con mi hija”. Después añadió una frase que me dejó una profunda impresión: “El dinero, por supuesto, es importante, pero la infancia de los hijos solo ocurre una vez”.

Si estas palabras hubieran aparecido únicamente durante una entrevista formal, probablemente las habría interpretado como una expresión de sus ideas sobre la crianza. Sin embargo, después de haber observado personalmente la manera en que se relacionaba con su hija y de volver a escuchar estas palabras desde esa experiencia, comprendí que la observación participante no solo permite conocer “lo que dicen” los interlocutores, sino también cómo ponen en práctica, en su vida cotidiana, los valores en los que creen.

Como mi casero, su esposa y su hijo mayor pasaban la mayor parte del tiempo trabajando en la tienda que regentaban en los alrededores de Sevilla y no vivían con nosotras, la hija de mi casero compartía piso conmigo en la vivienda del centro de la ciudad para poder estudiar en la Universidad de Sevilla. Los fines de semana y durante las vacaciones regresaba a la tienda familiar para ayudar. A través de la convivencia cotidiana con ella y de la observación de las interacciones dentro de su familia, fui acercándome gradualmente a la vida diaria de esta familia china y pude entrever algunos aspectos de las relaciones intergeneracionales en la comunidad china de Sevilla.

Mi compañera de piso solía quejarse de que tener que volver a la tienda los fines de semana para ayudar afectaba a sus estudios y a sus propios planes personales. Sin embargo, para su padre —mi casero— que los hijos participaran en el negocio familiar era algo completamente natural: “Es la tienda de la familia, ¿qué tiene de raro echar una mano?”. Esta frase, aparentemente sencilla, reflejaba dos formas diferentes de entender la responsabilidad familiar entre generaciones.

Además de colaborar en la gestión del negocio, la hija desempeñaba también un importante papel como mediadora lingüística dentro de la familia. Debido a que sus padres llevaban muchos años viviendo en España, pero tenían un dominio limitado del español, muchas gestiones y comunicaciones con el entorno exterior dependían de su ayuda. Sin embargo, desde su punto de vista, esta responsabilidad debería haber recaído en mayor medida sobre su hermano, quien ya había terminado sus estudios y disponía de más tiempo y energía para participar en los asuntos familiares. No obstante, en la práctica, él no asumía esa responsabilidad. Los diferentes papeles que ambos hermanos ocupaban dentro de la familia, así como las distintas expectativas de los padres hacia sus hijos, reflejaban también las diferencias generacionales en torno a la responsabilidad familiar, el desarrollo personal y la distribución de roles dentro de las familias chinas de ultramar.

Mi otra compañera de piso me mostró una trayectoria migratoria diferente dentro de la experiencia china en España. Después de terminar el bachillerato, llegó a España con la esperanza de completar sus estudios y transformar progresivamente su situación administrativa para poder establecerse allí a largo plazo. Sin embargo, la realidad resultó mucho más compleja de lo que había imaginado. Después de graduarse, intentó en varias ocasiones solicitar un permiso de residencia por trabajo, pero la incertidumbre en la aplicación de las políticas hizo que tuviera que replantear sus planes una y otra vez. Finalmente consiguió solicitar una residencia por motivos no lucrativos. Aunque este trámite resolvió su situación administrativa, no le permitía trabajar legalmente, por lo que comenzó a dar clases particulares de chino gracias a los contactos de su red personal. Me dijo con tranquilidad: “Muchas personas han pasado por lo mismo; todos lo sabemos, simplemente no solemos hablar de ello”.

La situación administrativa no era únicamente un documento de residencia, sino un factor que influía profundamente en las opciones laborales, los proyectos de vida y las relaciones sociales de los migrantes chinos en España. En muchos casos, la posibilidad de acceder a determinados empleos, planificar el futuro o integrarse en ciertos espacios sociales estaba estrechamente vinculada a la estabilidad administrativa. En este proceso, las redes de confianza y los vínculos personales desempeñaban un papel fundamental, ya que proporcionaban información, apoyo práctico y recursos necesarios para afrontar las dificultades derivadas de la experiencia migratoria.

Hasta aquí, mi relación con los grupos religiosos de Sevilla continuó desarrollándose durante mi estancia en la ciudad. Casualmente, mi compañera de piso era cristiana y me invitó a participar en varios cultos de fin de semana organizados por una iglesia cristiana china. En comparación con el templo budista, los miembros de este espacio eran, en general, más jóvenes, y las interacciones entre ellos resultaban más espontáneas y relajadas. Después de asistir a varias actividades, poco a poco comenzaron a reconocermos y, cada vez que nos encontrábamos, se interesaban por mis estudios y mi vida cotidiana. A finales de año, durante la Navidad, una hermana de la iglesia me invitó a participar en la celebración navideña organizada por la comunidad. Fue la primera vez que participé plenamente en una de las festividades importantes de la iglesia china local. El encuentro comenzó con actuaciones culturales: canciones, bailes y representaciones teatrales protagonizadas por niños se sucedieron una tras otra. Al finalizar, todos nos sentamos juntos a

compartir una comida. Todo el proceso estuvo lleno de alegría y cercanía, más parecido a una reunión familiar que a un simple evento religioso.

Durante la conversación, aquella hermana me dijo sonriendo: “La iglesia es nuestra otra familia en España. No importa quién tenga dificultades, siempre habrá alguien dispuesto a ayudar”. Sabía que no se trataba de una frase meramente cordial. Había visto cómo, cuando otros creyentes recién llegados a Sevilla necesitaban alquilar una vivienda, alguien les proporcionaba información y contactos; cuando alguien tenía que mudarse, otros ofrecían su ayuda y sus vehículos; cuando alguien enfermaba, había personas que lo acompañaban al hospital. Más allá de la dimensión religiosa, estas relaciones de apoyo mutuo basadas en la confianza compartida y los vínculos afectivos se habían convertido en una red de apoyo fundamental para la vida cotidiana de muchos migrantes chinos. Desde una perspectiva metodológica del trabajo de campo, los espacios religiosos se convirtieron en nodos importantes para la construcción de relaciones de confianza y la conexión entre distintos individuos. Asimismo, ofrecieron una vía de acceso diferente a la de los espacios comerciales, permitiéndome observar cómo los grupos migrantes construían redes de apoyo social a través de creencias compartidas y vínculos emocionales.

Estas experiencias me hicieron comprender cada vez con mayor profundidad que el verdadero valor de la observación participante no reside únicamente en “participar”, sino en poder descubrir, a través de la convivencia, aquellos detalles que difícilmente aparecen en las entrevistas formales. La comprensión de la vida social no depende solo de los relatos verbales, sino también de las experiencias corporales, la percepción del espacio y la participación situada (Pink, 2015). Asimismo, los estudios de Levitt (2019) sobre la vida cotidiana transnacional nos recuerdan que los migrantes no viven simplemente “entre dos países”, sino que construyen espacios sociales transnacionales mediante prácticas cotidianas continuas.

Ya fuera el debate entre padre e hija dentro de la familia de mi casero sobre si ella debía “ir a ayudar en la tienda”, la impotencia de una joven migrante ante los cambios en las políticas de residencia, o la frase pronunciada por un miembro de la iglesia: “Aquí está nuestra otra familia en España”, estos fragmentos aparentemente ordinarios de la vida cotidiana me permitieron comprender la realidad de la comunidad china de Sevilla de una manera más profunda que cualquier pregunta cuidadosamente diseñada. Precisamente a través de estas relaciones y experiencias compartidas más allá de las entrevistas, fui comprendiendo que los materiales más valiosos de la etnografía no proceden únicamente de lo que los interlocutores responden, sino también de cómo viven sus vidas y de cómo la investigadora comparte con ellos esas experiencias.

5. Un año después: la transformación de la experiencia de campo y de las formas de comprender

Antes de iniciar el trabajo de campo, había leído detenidamente diversos estudios sobre metodología etnográfica y había preparado un guion de entrevista detallado. En aquel momento, pensaba que la investigación de campo consistía en buscar participantes, concertar encuentros, realizar entrevistas en profundidad y posteriormente organizar y analizar los materiales obtenidos. Sin embargo, después de un año de trabajo de campo, comprendí que lo que realmente había impulsado el desarrollo continuo de la investigación no había sido el método en sí mismo, sino las relaciones de confianza que se habían construido lentamente entre las personas.

Mi trabajo de campo comenzó con la familia de mi casero. A través de ellos conocí a sus amigos; estos, a su vez, me presentaron a otras personas vinculadas a sus mismos ámbitos profesionales. Una visita médica me permitió conocer a una antigua migrante china del templo budista; mi compañera de piso me llevó a la iglesia cristiana y, posteriormente, algunos amigos me pusieron en contacto con responsables de asociaciones chinas locales. Más adelante descubrí que la mayoría de las personas que entrevisté a lo largo de aquel año no habían llegado a mí mediante citas previamente concertadas, sino que habían aparecido como nuevos vínculos dentro de relaciones ya existentes. Cada nueva relación se había construido sobre la base de una relación de confianza anterior; cada nuevo encuentro había surgido de una conversación cotidiana, una coincidencia inesperada o la iniciativa de alguien cercano. No fue hasta el final del trabajo de campo cuando comprendí realmente que la “entrada al campo” en la investigación etnográfica no consiste

en avanzar continuamente hacia personas desconocidas, sino en un proceso que crece y se desarrolla dentro de las relaciones humanas.

Al mismo tiempo, mi comprensión de la “observación participante” también había adquirido un sentido mucho más concreto. Observar no significaba simplemente permanecer al margen y mirar cómo vivían los demás, sino comprender, a través de la convivencia, por qué las personas vivían de la manera en que lo hacían. Las entrevistas formales podían mostrar cómo los interlocutores se describían a sí mismos, pero la convivencia cotidiana me permitía observar sus formas reales de vida. Por ejemplo, al participar en la celebración navideña de la iglesia, lo que observé no fue únicamente un ritual religioso, sino la manera en que los chinos de ultramar construían redes de apoyo mutuo y obtenían respaldo emocional mediante estos espacios religiosos. Muchas de las ideas importantes que posteriormente incorporé a mi investigación no surgieron de una respuesta concreta, sino que se fueron formando lentamente a través de esos momentos de acompañamiento, espera y observación.

Durante este año de trabajo de campo, también presté atención a un fenómeno que no había previsto inicialmente: los cambios en las formas de entender la vida entre diferentes generaciones de chinos migrantes. Los antiguos migrantes con los que conversé en el templo budista hablaban principalmente de emprendimiento, trabajo y reunificación familiar. La idea de que “si no se trabaja, no hay seguridad” parecía constituir una memoria compartida de aquella generación. Habían vivido épocas marcadas por las dificultades lingüísticas, la inestabilidad administrativa y los desafíos del emprendimiento, por lo que el trabajo no representaba únicamente una fuente de ingresos, sino también una forma de construir seguridad y estabilidad en un país extranjero (Schiller et al., 2019).

En cambio, los chinos de generaciones más jóvenes, tanto la dueña de la tienda de productos económicos como mis compañeras de piso, hablaban con mayor frecuencia de la educación de los hijos, la calidad de vida y la búsqueda de un equilibrio entre trabajo y familia. Cuando estos fragmentos dispersos de la vida cotidiana fueron acumulándose poco a poco, comprendí que lo que estaba observando era una comunidad china de ultramar en constante transformación (Denardi et al., 2023).

Al finalizar el año de trabajo de campo, muchas de las personas entrevistadas y conocidos se despidieron de mí. Antes de marcharme, no me preguntaban por la investigación, sino que, como amigos, me decían: “¿Cuándo volverás?”, “¿Cómo va la tesis?” o “¿Volverás algún día a Sevilla?”. Para entonces, ya no eran simplemente mis interlocutores de investigación, sino una parte importante de mi vida durante aquel año. La investigación quizá había llegado a su fin, pero los vínculos construidos entre las personas no desaparecieron con el cierre del trabajo de campo.

Tal vez el mayor significado de la etnografía no reside únicamente en la cantidad de materiales recopilados o en el número de entrevistas realizadas, sino en haber aprendido, a través de la convivencia real con los demás, a ralentizar el ritmo, a esperar y, sobre todo, a escuchar. La experiencia de campo me mostró que comprender una comunidad requiere tiempo, sensibilidad y una disposición constante a revisar las propias interpretaciones. En este proceso, el investigador no solo conoce a los otros, sino que también transforma su propia manera de mirar y entender la realidad social.

6. Conclusiones

A lo largo del artículo se ha mostrado que la mayor parte de los materiales etnográficos recogidos procedieron de la observación participante desarrollada durante el proceso de convivencia prolongada de la investigadora con la comunidad china local. Desde la convivencia inicial con la hija de la familia de acogida, hasta su posterior incorporación a espacios como el templo budista, la iglesia cristiana y las asociaciones de chinos de ultramar, pasando por la ampliación progresiva de su red de relaciones personales, las propias formas mediante las cuales se obtuvieron estos materiales constituyeron una parte fundamental del proceso etnográfico. En otras palabras, este trabajo no pretende únicamente presentar una imagen de la vida cotidiana de la comunidad china de Sevilla, sino también mostrar cómo una investigación etnográfica fue desarrollándose gradualmente dentro de un contexto concreto de trabajo de campo.

Durante mucho tiempo, la etnografía ha subrayado la importancia de la “presencia”. Malinowski (2013) sostenía que solo mediante una inmersión prolongada en la sociedad local y la participación en su vida cotidiana el investigador podía comprender verdaderamente la lógica cultural de sus miembros. Por su parte, el concepto de “descripción densa” (Geertz, 2025) plantea que la etnografía no debe limitarse a registrar comportamientos, sino que debe revelar las estructuras de significado que se encuentran detrás de ellos. Esto implica que la atención etnográfica no se dirige únicamente a los acontecimientos aislados, sino también a los contextos concretos en los que estos tienen lugar, las relaciones sociales que los atraviesan y los marcos culturales que les otorgan sentido.

La experiencia de un año de trabajo de campo presentada en este artículo vuelve a confirmar esta perspectiva metodológica. Fue precisamente la convivencia cotidiana, la participación compartida y la observación prolongada lo que permitió que aquellos fragmentos dispersos de la vida diaria se transformaran gradualmente en una base fundamental para comprender la sociedad china local. En este sentido, el conocimiento producido por la etnografía no procede exclusivamente de las preguntas formuladas durante las entrevistas, sino también de las experiencias acumuladas mediante la presencia continua del investigador en el campo.

Al mismo tiempo, este trabajo pone de manifiesto una cuestión que merece mayor atención en los estudios sobre las comunidades chinas de ultramar: los grupos migrantes no constituyen entidades homogéneas, sino espacios atravesados por diferencias generacionales vinculadas a los periodos migratorios, las trayectorias educativas, las estructuras familiares y los contextos sociales en los que se desarrollan sus vidas. Mientras que la primera generación de migrantes suele construir sus narrativas alrededor del emprendimiento, la supervivencia y las responsabilidades familiares, las generaciones más jóvenes, formadas en contextos transnacionales, prestan mayor atención a la educación, la calidad de vida, la planificación identitaria y el desarrollo personal. Estos cambios muestran que los estudios sobre las comunidades chinas de ultramar no deben centrarse únicamente en la movilidad transnacional, sino también en los procesos internos de transformación generacional y cambio de valores que tienen lugar dentro de estas comunidades, un aspecto cada vez más destacado por los estudios transnacionales y de migración china.

Asimismo, es necesario reconocer que el conocimiento etnográfico producido en este estudio estuvo inevitablemente condicionado por las múltiples posiciones ocupadas por la investigadora dentro del campo. La investigadora accedió y participó en la vida de la comunidad china local desde diferentes posiciones, como inquilina, paciente, amiga y participante en actividades comunitarias. Estas posiciones facilitaron el acceso al campo, la construcción de relaciones de confianza y la obtención de materiales etnográficos. Sin embargo, la profundización de los vínculos sociales también pudo generar ciertas limitaciones. Por ejemplo, en la relación de amistad, la fuerte conexión afectiva pudo llevar inconscientemente a la investigadora a interpretar las experiencias de los participantes desde una perspectiva marcada por la comprensión y la empatía, reduciendo la atención prestada a posibles tensiones, conflictos o posiciones divergentes. Asimismo, la participación prolongada en la comunidad pudo generar cierta familiarización con determinadas prácticas cotidianas, disminuyendo la sensibilidad hacia los significados sociales que estas prácticas podían contener. Por ello, a lo largo de todo el proceso de trabajo de campo, la investigadora mantuvo una reflexión constante sobre la influencia de su propia posición en la producción de los datos y en la interpretación de los significados construidos.

Lo particular de esta investigación reside en que la entrada en la comunidad china de Sevilla no se produjo a través de una única institución o estructura formal, sino que fue desarrollándose progresivamente a partir de múltiples nodos relacionales, como la proximidad lingüística y cultural, las redes familiares y comerciales, así como los espacios religiosos. Esta experiencia de campo muestra que, en los estudios sobre las comunidades chinas de ultramar, el propio proceso mediante el cual el investigador accede y se incorpora a la comunidad constituye una vía fundamental para comprender las formas de organización social de los grupos migrantes.

A través del registro de experiencias concretas y situaciones cotidianas del trabajo de campo, este artículo ha intentado mostrar cómo el conocimiento etnográfico se genera progresivamente a través de las relaciones, la confianza y la convivencia compartida. Como señaló James P. Spradley (2016), la observación participante no constituye simplemente una técnica de recopilación de datos, sino una forma de comprender el mundo de vida de otras personas. En la investigación etnográfica, el objetivo final no consiste únicamente en producir conclusiones, sino también en transformar continuamente, mediante la convivencia prolongada, la manera en que el investigador comprende a los demás, la cultura y la propia práctica investigadora.

Más allá del momento concreto en el que finaliza el trabajo de campo, las relaciones construidas durante este proceso no desaparecen necesariamente con la salida del investigador del campo. Algunas conversaciones, encuentros y experiencias compartidas continúan influyendo en la manera en que se interpreta y se escribe la investigación. Esta dimensión recuerda que la etnografía no es únicamente una práctica situada en un periodo determinado, sino también una relación que deja huellas tanto en quienes participan como en quien investiga. En este sentido, el conocimiento etnográfico no puede entenderse como un producto completamente terminado, sino como un proceso abierto, construido a través del contacto humano y de la reflexión constante. La experiencia en Sevilla mostró que investigar una comunidad implica también reconocer la responsabilidad del investigador al representar las historias y experiencias de las personas que han permitido formar parte de su vida cotidiana.

Bibliografía

- (Clifford & Marcus, 1986) Clifford, J., & Marcus, G. E. (Eds.). (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography: A School of American Research Advanced Seminar*. Berkeley: University of California Press.
- (Denardi et al., 2023) Denardi, L. E., Wang, Z., & Baumann, C. (2023). The Chinese diasporas in Spain and Argentina: A typology to analyze the state-diaspora relations in the case of China. *Migraciones. Publicación del Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones*, 59, 1–24.
- (Geertz, 2025) Geertz, C. (2025). Thick description: Toward an interpretive theory of culture (1973). In *Close Reading and Its Alternatives* (pp. 107–125). London: Routledge.
- (Hammersley & Atkinson, 2019) Hammersley, M., & Atkinson, P. (2019). *Ethnography: Principles in Practice*. London: Routledge.
- (Instituto Nacional de Estadística, 2026) Instituto Nacional de Estadística. (2026). *Estadística continua de población*. Available online: https://www.ine.es/dyngs/INEbase/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736177095&menu=ultiDatos&idp=1254735572981.
- (Lambek, 2010) Lambek, M. (2010). Toward an ethics of the act. In M. Lambek (Ed.), *Ordinary Ethics: Anthropology, Language, and Action* (pp. 39–63). New York: Fordham University Press.
- (Levitt, 2019) Levitt, P. (2019). Beyond the West: Barriers to globalizing art history. *Art History Pedagogy and Practice*.
- (Li & Du, 2023) Li, L., & Du, X. (2023). La integración social de los inmigrantes chinos en la España contemporánea: Un análisis desde el trabajo de campo en Barcelona. *Ibero-América Studies*, 6(2), 16–28.
- (Malinowski, 2013) Malinowski, B. (2013). *Argonauts of the Western Pacific: An Account of Native Enterprise and Adventure in the Archipelagoes of Melanesian New Guinea*. London: Routledge.
- (Ong, 1999) Ong, A. (1999). *Flexible Citizenship: The Cultural Logics of Transnationality*. Durham, NC: Duke University Press.
- (O'Reilly, 2012) O'Reilly, K. (2012). *Ethnographic Methods*. 2nd ed. London: Routledge.
- (Pink, 2015) Pink, S. (2015). *Doing Sensory Ethnography*. London: SAGE Publications.
- (Schiller et al., 2019) Schiller, N. G., Basch, L., & Blanc, C. S. (2019). De inmigrante a transmigrante: Teorizando a migração transnacional. *Cadernos CERU*, 30(1), 349–394.
- (Spradley, 2016) Spradley, J. P. (2016). *Participant Observation*. Long Grove, IL: Waveland Press.